



# Razones y sinrazones para okupar en Barcelona

**ARNAU MONTSERRAT**

FOTOGRAFÍA: JOSÉ Y MANEL

Siempre se han okupado espacios. Fincas, casas, fábricas. Instituciones, calles, descampados. Se okupan por un rato halls de multinacionales para advertir al mundo de su último atropello. Se okupan con intención de permanencia edificios abandonados cuando la necesidad apremia. Y muy a menudo se okupa para todo a la vez: para protestar, para sobrevivir y también para celebrar. En el famoso 68, los obreros que apuestan por la autogestión se toman la revolución por su mano, ignoran al partido y empiezan a okupar fábricas; y lo que es peor, las hacen funcionar. Algo parecido a lo que pasa hoy en algunos lugares de Argentina. En los setenta, los “indios metropolitanos” italianos se lanzan a desokupar el espacio mental colonizado por el capitalismo: de día autorreducen los precios públicamente en los supermercados, de noche okupan frecuencias comerciales de radio. Lo mismo que hacen hoy las radios libres o la marca Yo-mango: “¿Lo quieres? Lo tienes”. El mismo razonamiento para los que recuperan pueblos en los Pirineos o para los campesinos que okupan tierras en todo el Tercer Mundo, hartos de simulaciones de reforma agraria.

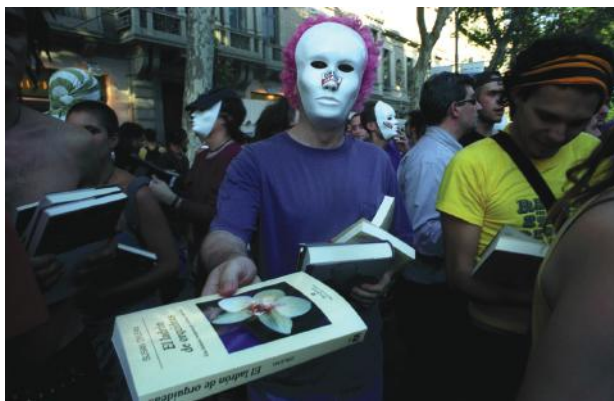
Hace siglos, los esclavos fugados de las haciendas brasileñas okupaban pedazos de selva, los llamados “quilombos”. Ya en ellos se cebaba la larga tradición de represión física y semántica. Entonces, los mercenarios acosaban sus repúblicas liberadas y aún hoy en Argentina se le llama “quilombo” a algo que no funciona, que es un gran lío, un embrollo. Lo mismo para los okupas contemporáneos, a los que les caen los palos de los antidis-



Mani-fiesta-acción en Barcelona, 2002

turbios con la misma contundencia que calificativos metaperiodísticos tales como *vagos*, *cachorros de jarraí* o *hijos de papá*. Nada nuevo bajo el Sol, y no sólo los lunes. Aunque la peor represión es más invisible. Se da diariamente en las entrañas de la ciudad, en cada gesto cotidiano que impone los valores y las prisas de la ciudad competitiva, que no está por poesías y se atraganta de dinero. Barcelona, más allá de las campañas de imagen de su Ayuntamiento, no es excepción. Y, aun así, en el área metropolitana se vive a una media de una okupación y un desalojo por semana. Y se ha sabido resistir, no sin bajas, la criminalización de la “usurpación de inmuebles” recogida en el ya no tan nuevo Código penal. Hoy por hoy podemos hablar de una veintena de CSO (acrónimo de los centros sociales okupados y autogestionados) y más de un centenar de viviendas. Aunque muchas más realidades conforman la red, porque la okupación no se limita a okupar y se desarrolla en una escena alternativa más amplia.

Cuando se empiezan a okupar las primeras casas al estilo de lo que hoy conocemos, allá en los ochenta, se plantea acoger en ellas actividades alternativas y disidentes. Este cajón de sastre se ha dilatado y diversificado. De hecho, ahora los okupas casi reniegan de su identidad, diseccionada por la sociología en “tribu urbana” y convertida finalmente en caricatura. Interesan más las



Cultura gratis (yoMango, Barcelona, 2002)

prácticas: trabajar con los vecinos para hacer un parque en el Forat de la Vergonya; desarrollar contrapoder en las asambleas de barrio en Sants; cultivar parcelas liberadas con los abuelos en el valle de Sant Genís; sembrar Collserola de okupaciones; convocar manifestaciones, acciones o charlas; ejercer el sabotaje, la parodia o el boicot; organizar conciertos, cabarets o pasacalles; generar o apoyar locales sin *k*: asociaciones, cooperativas, distribuidoras, colectivos de solidaridad, ateneos populares; elaborar contrainformación; crear arte que escoge campo; experimentar otras formas de vivir: en la alimentación, en las relaciones personales, en la sexualidad, en el intercambio de bienes; pasar por los mercados a recuperar algo de las toneladas de comida que inexplicablemente se tiran a diario; practicar la insumisión, hasta donde se puede, al mercado laboral. Y, todo ello, a distintos niveles y con distintas prioridades. Porque de okupaciones hay de muchos tipos y tampoco faltan a veces recelos mutuos..., residuos de la vieja política o cosas de la naturaleza humana, vete tú a saber.

¿Pero está todo tan fatal como para enlazar la subcultura okupa local con las históricas luchas de la humanidad? ¿No será verdad que esto es sólo un pasatiempo de jóvenes bienestantes agobiados por la vacuidad de las vidas al uso? Pues si echamos un vistazo a las cifras parece que hay bastantes razones para luchar, fugarse, patear, lo que sea, pero hacer algo. Y no hace falta irse a África: el mercado de la vivienda en el Estado español es sólo eso, un mercado, al mejor postor y sin ningún contrapeso social más allá de remiendos de protección oficial. Por ejemplo: cada año se construyen 600.000 viviendas en el Estado español, pero el crecimiento demográfico en realidad es prácticamente nulo. Y puesto que esas casas evidentemente no son para inmigrantes, ¿para quién se construye entonces? El resultado es un desastre ecológico imparable, al servicio de Núñez y compañía. Otro ejemplo: sólo en Barcelona hay más de setenta mil casas vacías. Mientras, prosperan las omnipresentes hipotecas a treinta años con tasas de hasta el 20%. Esas modalidades de neoesclavitud bancaria representan una de las razones principales por las que el precarizado mercado laboral tiene agarradas por el pescuezo las vidas de la mayoría de las personas.

Al fin y al cabo, los que están okupando casas no hacen un análisis de la realidad muy distinto al de mucha otra gente. La diferencia está en las conclusiones que se sacan y en las acciones que de ello se derivan. Y es que cuando se van viendo los porqués de las cosas, se entiende que no se trata sólo de un problema de acceso a la vivienda. Es algo más. Es la mediatización de toda relación social por el dinero. Es la presencia constante del poder y sus múltiples expresiones a lo largo y ancho de nuestras vidas. Es el sueño del mercado..., que engendra monstruos. Por eso, la okupación va del pez muerto a la fábrica que lo mató, y a partir del rechazo a la especulación articula una actitud anticapitalista. El modelo de la

## Los que están okupando casas no hacen un análisis de la realidad muy distinto al de otra gente. La diferencia está en las conclusiones y en las acciones que de ello se derivan

okupación en Barcelona es un modelo de ruptura. No se pide nada, se toma. Porque no puedes pedirle al Estado que legisle contra sí mismo ni al mercado que invierta sin beneficios. O, como dice el viejo eslogan: “No te van a dar las llaves”. La palabra mágica es *autogestión*: más allá del mercado y del estado. Transitando una tercera vía que no tiene nada que ver con la del Blair. Okupar es un acto de desobediencia encaminado a combatir por la vía de los hechos la falta de acceso a la vivienda. Okupar es discutir el concepto de *propiedad privada*, y, por lo tanto, situarse al margen de la lógica de los papeles y las listas de espera. Se okupa para avanzar con el gesto el mundo que se reclama. Se okupa para darle paredes a experiencias de vida autónomas que constituyan por sí mismas una práctica que no tiene nada que ver con el lobby, los partidos, el corporativismo y el padronazgo. Okupar es una fiesta de los sentidos. O, dicho como en el 68, pero adaptado, en realidad: “No hemos okupado esta casa, es ella lo que nos okupa”. 🌱



Espectáculo en Can Masdeu (CSO, Barcelona, 2002)